

15.

Orígenes y desarrollo de los movimientos de oposición al control soviético en la Europa del Este.

En este tema vamos a ver cómo se implanta el comunismo tras la II Guerra Mundial en los países de la Europa del Este que fueron ocupados por el Ejército Rojo. De una cierta tolerancia en un primer momento a otras fuerzas políticas, se pasa en el contexto de aumento de la tensión entre las dos superpotencias entre 1947 y 1949 a la implantación plena de regímenes hechos a la imagen y semejanza de la Unión Soviética, copiando incluso su Constitución de 1936. Pero cuando la dictadura totalitaria de Stalin desaparece tras su muerte en 1953, y el control soviético se relaja en el clima de desestalinización, varios países intentarán escapar del comunismo y llegar al capitalismo, el caso modélico es Hungría en 1956, un intento vano que acabó con la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia.

El segundo intento serio llegará en 1968 en Checoslovaquia en la llamada Primavera de Praga, Breznev recurre a la fuerza y ponen en práctica la doctrina que lleva su nombre, que quiere decir que estos países tienen una soberanía limitada.

Desde mediados de los setenta la URSS y estos países ven agotado el modelo económico y político y desde finales de los setenta y principios de los ochenta las críticas son cada vez más altas. Polonia es el ejemplo clave de tensión.

Por último, la llegada de Gorbachov en 1985 a la presidencia de la URSS, con el objetivo de arreglar lo inarreglable, abre la puerta a estos países para que sigan su ejemplo. El resultado va a ser el fin de la guerra fría y la caída del muro de Berlín símbolo de la misma. Estos países no imitarán el modelo soviético y seguirán, por fin, sus propios pasos libres de la tutela soviética. Entre el año 1989 y 1991 se consolida la democracia y el capitalismo en estos países.

1. La evolución política de Europa Central y Oriental tras la II Guerra Mundial: el nacimiento del bloque comunista.

La evolución de la Europa Oriental estuvo caracterizada por el incumplimiento de los compromisos de Yalta y el control de la Unión Soviética que inició una progresiva satelización del territorio a través de los partidos comunistas. El resultado fue el establecimiento de un sistema de democracias populares.

Las circunstancias no favorecían la aplicación de la Declaración sobre la Europa liberada. La mayoría de los países del Este, excepto Checoslovaquia y Hungría, carecían de firme tradición democrática y burguesías consolidadas sobre las que apoyar los

proyectos de libertad política. En otro orden, el papel jugado por los comunistas contra los regímenes colaboracionistas y el *III Reich*, les situaba como una fuerza emergente frente a otras opciones.

La estrategia de los partidos comunistas para conquistar el poder, aun con variaciones nacionales, siguió un modelo similar. En una primera fase, alentaron una breve experiencia de pluralismo político. Moscú, que no pretendía una bolchevización inmediata, insistía en formalizar con otros partidos amplias coaliciones gubernamentales (Frente Patriótico, Bloque Nacional, Frente Popular...), respetando las formas democráticas pero donde los militantes comunistas ocupasen puestos claves (Interior, Defensa, Información...). Paralelamente se aplicaba un programa económico socialista radical. En una segunda fase a partir de 1947, los aliados gubernamentales fueron eliminados y se estableció el completo dominio comunista. El Ejército Rojo garantizaba un apoyo que, aunque no se traducía en intervenciones directas, tenía un gran valor político y psicológico. La ruptura aliada y el comienzo de la Guerra Fría fue lo que *empujó* a la absoluta de comunización.

En **Rumanía**, el partido comunista tenía escasos seguidores y la población mostraba un amplio sentimiento nacionalista y antisoviético. La alianza con el *III Reich* hacía necesario, según la Unión Soviética, reemplazar a la vieja clase política. En agosto de 1944, el rey Miguel, con la ayuda de comunistas y antiguos líderes democráticos (Iuliu Maniu, del Partido Nacional Agrario, y Constantin Bratianu, del Partido Liberal), terminaba, mediante un golpe de Estado, con los dirigentes colaboracionistas. Fruto de la nueva situación se formaba en diciembre, un gobierno de coalición - Frente Democrático Nacional-, presidido por el general Radescu. La solución no satisfizo a la URSS por las discrepancias de Radescu con sus ministros comunistas. En febrero de 1945, sólo días después de Yalta, Moscú intervino directamente sobre Bucarest: el subcomisario de Asuntos Exteriores, Vishinski, exigió al rey Miguel la formación de un nuevo gabinete encabezado por Petru Groza, líder del Frente de los Labradores, y ampliar el poder de los comunistas, amenazando, en caso contrario, con no garantizar la continuidad de Rumanía como Estado independiente. Miguel cedió. Las elecciones celebradas el 19 de noviembre de 1946 dieron el triunfo al Frente Nacional (comunistas, socialistas y campesinos) con un 89% de los votos y marcaron el proceso de liquidación de la oposición democrática y de la propia monarquía. En 1947, el control comunista sobre Rumanía era completo.

Bulgaria, al contrario que Rumanía, era un país de tradición filorrusa, con una importante implantación del partido comunista; era quizá el único lugar de Europa Oriental donde los comunistas habrían alcanzado el poder a través de unas elecciones libres. La Resistencia, dirigida por el Frente Patriótico, contó con el apoyo del Ejército Rojo para la realización de un golpe de Estado y la formación de un gobierno de Unidad Nacional, presidido por el coronel Kimon Georgiev, iniciándose así el control comunista en Bulgaria. A pesar de la escasa colaboración con los alemanes, la antigua clase dirigente, conservadora y monárquica, fue durísimamente perseguida. La transformación política fue rápida. En las elecciones de octubre de 1946, los comunistas -y grupos vinculados a ellos- obtuvieron el 78% de los votos: su líder Georgi Dimitrov, ex-secretario general del Komintern, fue nombrado primer ministro. Un mes antes, a través de un referéndum, se había declarado la caída de la monarquía y la proclamación de la República Popular. En septiembre de 1947, el dirigente opositor Nikola Petkov fue ahorcado tras ser acusado de conspiración contra el Estado.

El control comunista en **Hungría** resultó más lento y gradual, y sin la represión

de Bulgaria y Rumanía. Social y culturalmente, existía una tradicional desconfianza hacia Rusia, sobre todo entre una consistente clase media, mayoritariamente católica. Desde una perspectiva política, el partido comunista no había logrado una sólida implantación durante la etapa de entre guerras. Tras la ocupación soviética y la formación de varios gobiernos, en noviembre de 1945 se celebraron las primeras elecciones relativamente libres, correspondiendo el triunfo al Partido de los Pequeños Propietarios - un 57% los votos-, en una de las victorias más notables conseguidas por un partido anti-izquierdas en Europa. El 1 de febrero de 1946 quedaba aprobada la nueva Constitución que establecía un sistema parlamentario, según un modelo occidental. Zoltán Tildy y Ferenc Nagy, ambos del partido agrario de los pequeños campesinos, se convertían, respectivamente, en jefe del Estado y primer ministro. Nagy confeccionó un gabinete con mayoría de representantes del partido agrario que incluía cuatro comunistas y cuatro socialdemócratas. Estados Unidos y Gran Bretaña reconocieron de inmediato el nuevo Gobierno. Hungría parecía encaminarse a un modelo en el cual la importante presencia soviética podía compaginarse con prácticas políticas pluralistas, en medio de un clima de colaboración internacional.

No fue así. La política de compromiso de Nagy desapareció cuando los comunistas cambiaron de actitud. Comenzaron a actuar autónomamente dentro del Gobierno, alentaron la división de los partidos gobernantes y controlando los ministerios de Interior y Defensa desencadenaron, en diciembre de 1946, una ola de detenciones contra los militantes del Partido de los Pequeños Propietarios (entre ellos, Kovacs, otro de sus dirigentes). Aprovechando un viaje de Nagy al extranjero, los comunistas obligaron a dimitir al ejecutivo y tras convocar nuevas elecciones en agosto de 1947 a las que se presentaron en un bloque de partidos populares, obtuvieron una amplia mayoría. En julio de 1948 el presidente Tildy, último representante del régimen pluralista, fue obligado a abandonar el cargo y el partido comunista pasó a dominar la vida política.

En **Polonia**, siguiendo el marco fijado en Yalta, el 28 de junio de 1945 tras largas discusiones, se logró la formación del gobierno provisional de unidad nacional integrado por 21 ministros (16 pertenecientes al comité de Lublin y el resto miembros de la emigración o de otros partidos burgueses) presidido por el socialista Edward Osobka-Morawski y con dos vicepresidentes, Gomulka, comunista, y Stanislaw Mikolajczyk, líder del Partido de los Agricultores Polacos.

El gabinete actuó en dos direcciones. Por una parte, prosiguió la reforma agraria y distribución de tierras del año anterior y emprendió una operación cauta de nacionalizaciones y de reconstrucción e industrialización, con la ayuda de la URSS. Por otra, debían celebrarse elecciones, tal y como se aprobó en la reunión de Crimea y en torno a las cuales presionaban británicos y norteamericanos. Los comunistas - y su partido el POUP- intentaron elaborar una lista única del bloque gubernamental, sin éxito dado el rechazo de Mikolajczyk, representante de los ideales de una Polonia democrática, libre e independiente, amiga de la URSS pero no sometida al comunismo. Su partido que había comenzado por ser de izquierdas fue convirtiéndose en un símbolo de resistencia nacionalista.

El dominio comunista se había hecho evidente desde la liberación del territorio, y con él, la influencia de la Unión Soviética. El 19 de septiembre de 1945, el gobierno ratificaba el Tratado de amistad, asistencia mutua y colaboración firmado el 21 de abril con Moscú. Gradualmente, pero de forma inexorable, a través de arrestos y manipulación de las listas electorales, el POUP se convirtió en la fuerza dominante del bloque democrático que preparaba los comicios. En enero de 1947, cuando el gobierno

se sintió seguro de la victoria, realizó las elecciones. Su resultado completó la comunización de Polonia: los partidos coaligados (comunistas, socialistas, partido democrático y partido agrario) obtuvieron el 80% de los votos y 392 escaños mientras el Partido de los Agricultores Polacos, el 10,3% y 27 escaños. Londres y Washington acusaron al gobierno de no haber respetado los compromisos de Yalta y Potsdam y declararon que las elecciones no podían ser consideradas como un exponente de la voluntad popular. Pero no hubo reacción. La derrota en las urnas obligó a Mikolajczyk a huir a Londres, mientras se confirmaba el dominio comunista.

Los acuerdos de Yalta preveían asimismo el pluralismo para **Yugoslavia**. Tampoco aquí se cumplieron sus objetivos. Este país balcánico presentaba una situación de partida especial. A diferencia de otras zonas, Yugoslavia había sido liberada sin intervención de tropas extranjeras, por la acción guerrillera de las fuerzas partisanas - Frente Popular de Liberación- de Josep Broz (Tito), secretario del Partido Comunista desde 1937. Cuando el Ejército Rojo entró en Yugoslavia ya se había expulsado a los alemanes. Este triunfo permitió a Tito gozar de una independencia superior a cualquier otro líder comunista y completa libertad para implantar un poder absoluto desde el cual emprender un proceso de transformación político-social. Pocos dudaban, al final de la guerra, que Yugoslavia tendría un régimen socialista. No obstante, Tito en principio prefirió seguir las formas democráticas para no contrariar a las grandes potencias: el 5 de marzo de 1945 formaba un gobierno de unidad nacional, fijando las elecciones para el 11 de noviembre. En realidad, de los 28 ministros, 23 pertenecían al partido comunista y fuerzas aliadas, incluidos en un llamado Frente Popular.

El panorama cambió de inmediato. Tito, verdadero libertador de su país y que no se mostraba dispuesto plenamente a seguir los consejos soviéticos, descartó una vía gradual para la afirmación del poder comunista. Durante la campaña electoral los partidos de la oposición -radicales, demócratas serbios y Partido Croata de los Campesinos- fueron perseguidos y sus mítines boicoteados. Ante esta situación, optaron por retirar sus listas, presentándose únicamente las candidaturas del Frente Popular. Desde ese instante el proceso de legitimación del régimen de Tito se aceleró. El 11 de noviembre de 1945, el Frente Popular triunfó en las elecciones obteniendo el 90% de los votos; el 29, la nueva Asamblea Constituyente proclamó la República Popular Federativa de Yugoslavia y eligió un nuevo gobierno presidido por Tito. El 31 de enero de 1946 se aprobó la nueva Constitución según el modelo de la soviética de 1936. Junto al cargo de primer ministro, Tito asumía la cartera de Defensa, se convertía en comandante en jefe del ejército, líder del Frente Popular y del Partido Comunista. Paralelamente, contenía el problema nacionalista al asegurar a los distintos grupos nacionales yugoslavos una representación específica en la Cámara de las Nacionalidades, uno de los órganos de la Asamblea.

La construcción de un Estado democrático de corte occidental y las buenas relaciones con la Unión Soviética eran las principales características de la **Checoslovaquia** restaurada. Ambas aspiraciones no resultaban nuevas: en los años previos al conflicto, Checoslovaquia había sido un ejemplo de experiencia democrática -que contrastaba con las fórmulas fascistas del entorno-, esforzándose por establecer vínculos de buena vecindad con Moscú: Eduard Benes, presidente en el exilio firmaba en 1943 un tratado de amistad con la URSS. En la posguerra, Praga veía en la creación de un área de influencia soviética en el Este una garantía de seguridad para el país. Por estas mismas razones -tradiciones democráticas y colaboración con la URSS- los comunistas, a pesar de su fuerte presencia optaron por no obstaculizar el proceso político.

Cuando Benes regresó al país confió el gabinete al socialdemócrata Fierlinger

quien constituyó un gobierno de coalición donde los comunistas tenían sólo 8 carteras de un total de 25, aunque controlaban, por ejemplo, la de Interior, en manos de Gottwald. Las elecciones celebradas en un clima de normalidad en mayo de 1946 dieron un triunfo a los comunistas: el nuevo gobierno, presidido por Gottwald, seguía teniendo una minoría de miembros del partido comunista que seguía apostando por la equidad y la moderación. Desde Occidente se contemplaba a Checoslovaquia como un ejemplo de convivencia y pluralismo: la presencia en el gabinete de Jan Masaryk -ministro de Asuntos Exteriores- y de Eduard Benes en la jefatura del Estado eran garantías suficientes. En 1947, Checoslovaquia estaba fuera de la comunización de Europa Oriental. Sólo el cambio de estrategia de los comunistas en 1948, en un clima de Guerra Fría terminó dramáticamente con esta experiencia.

En **Albania**, tras la huida de las últimas tropas alemanas, los partisanos comunistas controlaban casi la totalidad del país, excepto algunas zonas en manos de los seguidores del ex rey Zog. A finales de 1944 fueron completamente reducidos. Con este dominio, Enver Hoxha, secretario general del Partido Comunista albanés formó un Frente Democrático que el 2 de diciembre de 1945 triunfó en las elecciones, con un 93% de los votos. El 11 de enero de 1946 se proclamaba la República Popular Socialista.

2. Intentos de escapar del control soviético durante la desestalinización de los años cincuenta: la revuelta húngara de 1956.

Entre 1948 y 1953, en todos los estados de Europa centrorientales se dieron unas constituciones modeladas en la soviética y todos adoptaron unos planes quinquenales que remedaban los mismos objetivos y los mismos desequilibrios entre los varios sectores económicos, típicos de los precedentes soviéticos. También en este caso, el sector más descuidado fue el agrícola, aunque el proceso de colectivización se llevó a cabo con mayor gradualidad y con formas distintas a las de la colectivización forzosa de la URSS. Es el caso, sobre todo, de Polonia, cuyo líder, Wladislaw Gomulka, en su tiempo no había ocultado su contrariedad a la solución colectivista que, en su opinión, para Polonia sería «económica y políticamente dañina».

a) Un caso aparte: la Yugoslavia de Tito.

El único estado que se libró de este proceso de homologación fue la **Yugoslavia de Tito**. Tras su exclusión del Cominform, el Partido Comunista Yugoslavo no se limitó a cambiar su nombre por el de Liga de los Comunistas yugoslavos, sino que emprendió un nuevo curso de política económica que preveía el abandono de la colectivización del campo, la formación de consejos obreros a los que se confiaba la propiedad y la autogestión de las fábricas, y finalmente la elaboración de una propia plataforma ideológica basada en la recuperación de la doctrina original del marxismo-leninismo, contrapuesta a su deformación estalinista. También en política exterior, Yugoslavia fue asumiendo una posición cada vez más autónoma al situarse, como único país europeo, en el campo de los países no alineados.

b) Las purgas estalinistas en la Europa Centrooriental.

Visto desde Moscú, el «titismo» cobraba la dimensión de la herejía, algo parecido a lo que había sido el trotskismo en los años treinta, objeto de una auténtica caza de brujas. La connivencia con Tito constituyó el principal cargo en los procesos contra los dirigentes comunistas que se celebraron en los varios países satélites durante los últimos años de Stalin. En efecto, la atmósfera siniestra que reinaba en Moscú se extendió a los países de la Europa del este. Entre 1948 y 1952, una serie de procesos se promovieron contra representantes comunistas acusados de simpatizar con las posiciones de Tito: el albanés Xoxe, el búlgaro Kostov, el húngaro Rajk y finalmente el más clamoroso de todos, el que vio como imputado al secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, Rudolf Slansky, en 1952. En Polonia, el secretario del partido, Wladislaw Gomulka, ya había sido destituido en 1949. Víctimas de esta oleada de persecuciones fueron también los mayores representantes de la Iglesia católica, como el arzobispo de Praga, monseñor Beran, el húngaro, Mindtsenty y el polaco, Wyzinski.

c) La situación económica de estos países.

El desarrollo que conocieron en estos años los países de la Europa del este fue en muchos aspectos un desarrollo desequilibrado. Los más retrasados procedieron con un ritmo más acelerado que los que ya poseían una base industrial y dentro de cada país los progresos de la industria se acompañaban con el estancamiento de la agricultura; en fin, los incrementos de los índices de producción no se correspondían con los de la renta *per capita* y del consumo, quedando estos últimos constante y sensiblemente inferiores a los primeros. Además, por lo que respecta a los países derrotados en la guerra - Hungría, Bulgaria y Rumania- cabe tener en cuenta el peso exorbitante de las reparaciones. Sin embargo, pese a ser desequilibrado, sí hubo desarrollo y con él, un cierto proceso de modernización. Se ha calculado que, desde 1950 a 1961, los trabajadores de la agricultura pasaron del 56,3 al 38,6% en Checoslovaquia; del 57 al 47% en Polonia; del 73,9 a 65,9% en Rumania; y del 42,2 al 27,9 % en Hungría. Esta disminución de trabajadores del campo, se correspondió con un incremento de los del sector industrial, es decir, un aumento de cerca de un 33 % entre 1948 y 1953. Progresos importantes se realizaron también en la escolarización de masas. En muchos países se introdujo un sistema de cupos de acceso a la universidad que favorecía a los hijos de obreros y campesinos. Todo ello, salvo en el caso de Checoslovaquia, representaba una ruptura con un pasado de dejadez y atraso. «El área, a pesar de todas sus carencias y sus problemas, nacía para la era industrial» (Brezinky, 1975).

d) Las primeras revueltas.

Los primeros síntomas de malestar e impaciencia, no llegaron del campo y de los campesinos hostiles y desconfiados hacia las medidas de colectivización, sino de las ciudades y de la nueva clase obrera y, en un segundo momento, de la universidad y la *intelligentsia* que allí se había formado. La primera manifestación de este malestar fue la revuelta obrera que se produjo en 1953 en la zona este de Berlín. Casi al mismo tiempo, en el verano de 1953, también la ciudad checa de Pilsen fue escenario de manifestaciones de protesta análogas.

Estas señales revelaban un malestar extenso y profundo y no dejaron de suscitar preocupación en Moscú. De la necesidad de una revisión de las relaciones entre la

URSS y los países satélites era consciente el propio Beria, pero lo era también Malenkov al asumir el cargo de primer ministro. El objetivo que éste perseguía con los países satélites era el mismo que el de su política interna, es decir, una reforma de la planificación que favoreciera la producción de bienes de consumo y una política económica dirigida a elevar las rentas y, en consecuencia, ampliar el consumo.

e) La explosión: la revuelta húngara de 1956.

Hungría en el contexto de la desestalinización.

El país donde estos nuevos planteamientos encontraron mayor audiencia fue Hungría. Ahí, en junio de 1953, Imre Nagy, un hombre de confianza de Malenkov, había sucedido en el cargo de presidente del consejo de ministros a Matyas Rakosi, un estalinista irreductible. En el discurso que pronunció en el Parlamento el 4 de julio, el nuevo presidente del consejo se declaró favorable a una política económica basada en la prioridad de la industria productora de bienes de consumo y en la reducción de las medidas de colectivización en el campo; más en general, abogó por la supresión de los campos de concentración y la democratización de la vida pública. Pero tuvo que enfrentarse al sabotaje de Rakosi, que conservaba el cargo de secretario del Partido, al aparato y a la brevedad del tiempo del que disponía. La destitución de Malenkov en febrero de 1955 marcó también el fin del experimento de Nagy y el triunfo de Rakosi.

El «efecto Malenkov» no se limitó sólo a Hungría, sino que fue sentido, en distinta medida, en todos los países satélites. Pero sus consecuencias prácticas no fueron más allá, en su conjunto, de algunas rectificaciones en la política económica y algunos relevos en las cúpulas del partido y del estado. Así, en Rumania, Gheorghiu Dej dejó temporalmente su puesto de secretario del partido a Gheorghe Apostol, aunque lo recobró tras la caída de Malenkov; en Checoslovaquia, tras la muerte de Clement Gottwald, el cargo de presidente de la república fue otorgado a Antonin Zapotocki, él también, como Nagy, protegido por Malenkov. Además, se procedió a la rehabilitación de algunos de los dirigentes víctimas de los procesos de los años 1948-1952. Más allá no se pudo ir, debido a las discusiones que en cada país oponían a los renovadores y los conservadores, discusiones que a su vez reflejaban el agrio enfrentamiento político en el seno del grupo dirigente soviético. De todas maneras, en todas partes se produjo una relajación de los frenos, lo que contribuyó a estimular reflexiones críticas y alimentar expectativas y esperanzas. A finales de 1955 se constituyó en Budapest el círculo Petofi, que recogía a intelectuales que estarían entre los protagonistas de la insurrección de octubre.

Los acontecimientos posteriores a la desgracia política de Malenkov concurren en hacer subir el nivel de la agitación política e intelectual. La espectacular e inesperada reconciliación con aquel Tito que hasta el día anterior había sido el blanco de todas las posibles críticas e injurias; la rehabilitación, anunciada en Moscú en febrero de 1956, del Partido Comunista Polaco, que había sido disuelto en 1938; y, sobre todo, la denuncia del culto de Stalin, que hizo Krushev en su informe secreto, convirtieron una situación ya tensa en explosiva.

Un precedente: la revolución de octubre en Polonia.

La primera chispa prendió el 28 de junio de 1956 en Poznan, en Polonia, donde una manifestación obrera en protesta por unas reducciones salariales, muy pronto adquirió las dimensiones de una insurrección, que la policía reprimió a sangre y fuego: al final del día, se contaron cincuenta y cuatro muertos y trescientos heridos. En agosto,

un millón de personas se reunieron en la llanura del santuario de la Virgen Negra de Chestocowa, lugar histórico del patriotismo polaco. En los meses siguientes, la tensión fue aumentando cada vez más hasta llegar a su cúspide en octubre. Esta oleada de protestas cogió al partido en un momento especialmente delicado. A la muerte de Boleslaw Bierut, en abril de 1956, le había sucedido en el cargo de secretario Eduard Ochab, un hombre del aparato que se vio obligado a ejercer sus funciones presionado tanto por los conservadores como por los renovadores. Al fondo, seguía presente la figura del más prestigioso dirigente comunista polaco, W. Gomulka, que en 1949 había sido destituido de la secretaría del partido y sucesivamente enviado a prisión. Ochab, al darse cuenta de que Gomulka, con su prestigio, era la única carta, de la que el partido disponía para mantener el movimiento de protesta dentro de los límites del marco político e institucional existente, se apresuró a liberarlo. El 13 de octubre, la oficina política del partido aupaba a Gomulka al cargo de primer secretario y convocaba para el día 19 el pleno del partido, al que tocaba tomar esta decisión. Se sucedieron días convulsionados, durante los cuales se temió que el ejército, a cuya cabeza estaba el general ruso Rokossowsky, interviniera para reprimir la movilización popular. Pocas horas antes de la apertura del pleno se presentó en Varsovia, absolutamente inesperada, una delegación soviética encabezada por Krushev en persona y de la que formaban parte nada menos que once generales. Las negociaciones entre las dos partes fueron extremadamente directas y tensas, pero al final Krushev tuvo que aceptar la elección de Gomulka al tiempo que éste se comprometía a que Polonia permaneciera en el Pacto de Varsovia. Así, la crisis quedaba superada y un nuevo y más tolerante liderazgo se instalaba en el gobierno del país. En las elecciones de febrero de 1957, Gomulka obtuvo un notable éxito personal.

La revuelta de octubre en Hungría.

Los acontecimientos del octubre polaco se acababan de terminar, cuando la crisis política en Hungría entraba en su fase más aguda y dramática. Entre los países satélites, Hungría fue, en efecto, donde la denuncia del «culto a la personalidad» y de los crímenes de Stalin, hecha por Krushev, ocasionó una protesta abierta contra el gobierno y contra la injerencia soviética. Durante todo el mes de octubre, Budapest y otras ciudades del país fueron escenario de manifestaciones estudiantiles y populares cada vez más imponentes. Lo que exigían los manifestantes era la revisión del proceso a Lazlo Rajk y su rehabilitación, además del retorno al gobierno de Nagy, el comunista reformador que, como se ha visto, ya había desempeñado el cargo de presidente del consejo de junio de 1953 a marzo de 1955 y que, tras la caída en desgracia de su protector en Moscú, Malenkov, había sido sustituido por Erno Gero, un estalinista intransigente. Posteriormente, Nagy había sido incluso expulsado del partido. Con el paso de los días, la situación se hacía cada vez más insostenible. La tensión alcanzó su techo en la jornada del 23 de octubre, cuando una manifestación de protesta en la que participaban cientos de miles de ciudadanos tomó el centro de Budapest. En esta circunstancia, el Comité Central del partido se vio obligado a devolver a Nagy, quien mientras tanto había sido readmitido en el seno de partido, el cargo de presidente del consejo, mientras que Gero conservaba el de secretario del partido. Las tropas soviéticas de ocupación fueron puestas en estado de alarma y en la jornada del 24 los tanques soviéticos hicieron acto de presencia en las calles de la capital. Esto se había producido con el aval del propio Nagy, convencido de que la protesta estaba alimentada por elementos provocadores y que por tanto era posible restablecer la calma. Fue un grave error de valoración: en los días siguientes, la protesta fue convirtiéndose en una

auténtica insurrección armada, que provocó muertos y heridos en ambos lados. Los insurrectos pedían la dimisión de Gero y la retirada de las tropas soviéticas. Fue en esta atmósfera candente cuando los soviéticos Anastas Mikoyan y Mijail Suslov llegaron a Budapest para discutir con Nagy sobre la posibilidad de una solución política *in extremis*. El resultado de estos contactos fue que Gero fue sustituido en la secretaría del partido por Janos Kadar, un comunista que, a pesar de haber sido compañero de prisión de Rajk y de haber sufrido la tortura, no estaba dispuesto a la ruptura con la URSS; el 28 de octubre se anunció la retirada de las tropas soviéticas, que efectivamente se produjo en los días inmediatamente siguientes. Pero tampoco este anuncio sirvió para tranquilizar los ánimos de los insurrectos, que en la jornada del 30 asaltaron y expugnaron la sede de la Federación Comunista, matando a sus ocupantes. El mismo día, Nagy anunciaba la formación de un nuevo gobierno, con la participación de los partidos democráticos existentes en el país en el momento de la liberación y en el que el jefe militar de los insurrectos, Pal Maleter, asumía el cargo de ministro de defensa. Dos días después, el 31 de octubre, el nuevo gobierno proclamaba la salida de Hungría del pacto de Varsovia.

Mientras tanto, en Estados Unidos la campaña electoral estaba en su recta final y, a pesar de que la confirmación de Eisenhower parecía descontada, el momento no era propicio para decisiones radicales. El 30 de octubre, Foster Dulles, autorizado por el presidente, declaraba públicamente que los Estados Unidos «aun deseando la independencia de los países satélites no tenían más propósitos» y que «no contarían con estas naciones como potenciales aliados». Pese a su ambigüedad, el mensaje era tranquilizador y como tal fue recibido en Moscú. A partir de este momento, los acontecimientos se precipitaron. Al amanecer del 4 de noviembre, las tropas soviéticas entraban en Budapest e instalaban un nuevo gobierno «obrero y campesino» presidido por Janos Kadar, mientras que Imre Nagy se refugiaba en la embajada yugoslava. Capturado el 22 de noviembre mientras intentaba salir del país con un salvoconducto yugoslavo, será condenado a muerte en junio de 1958.

La última semana de octubre de 1956 representa un momento crucial en la historia de las relaciones internacionales de la posguerra. La insurrección húngara, en efecto, coincidió y se mezcló con la crisis causada por la intervención franco-inglesa en Suez. Esta coincidencia, que implicaba directa o indirectamente a una pluralidad de estados, hubiera podido ocasionar, en un distinto contexto internacional, una crisis más larga y de mayores proporciones; pero no fue así. El sistema y el orden bipolar estaban tan consolidados que se habían convertido en una especie de rutina, y aguataron la prueba.

3. El 68 en la Europa del Este: la Primavera de Praga.

a) Los orígenes: el contexto interno. Situación económica y tendencias dentro del Partido comunista checoslovaco.

El capítulo más emblemático del rebrote nacional y de reivindicación de la identidad propia que suceden en la Europa comunista tiene como escenario la República de Checoslovaquia. La desestalinización y el agitado panorama político en Europa Oriental a mediados de los cincuenta, cercenó también la unidad del Partido Comunista aflorando tendencias divergentes. El debate, en manos de escritores, científicos, estudiantes y periodistas, se trasladó desde principios de los sesenta de los foros políticos a la calle.

En 1960 la nueva Constitución checoslovaca convertía al país en una República Socialista, ajustándose a los criterios de disciplina dentro del bloque. A partir de 1962, Novotny, dirigente estalinista que había sobrevivido a las depuraciones de Krushev, adoptó tímidas medidas aperturistas, como la creación de una comisión para la revisión de los procesos políticos de la década anterior, la apertura de la frontera a los turistas occidentales desde 1963-1964 y una censura menos estricta. Estas medidas contribuyeron a generar un clima de mayor apertura en el que comenzaron a plantearse abiertamente críticas a Novotny y su entorno.

El rumbo de la economía contribuyó a degradar la estabilidad del orden social. A la culminación de la colectivización que tuvo lugar entre 1959 y 1960 y la resistencia pasiva de los trabajadores del campo, se sumaron las malas cosechas, el entorpecimiento de la producción por la presión de la burocracia o los reajustes en la política productiva de acuerdo con las necesidades del CAME (COMECON) y no las específicamente nacionales. En junio de 1967 afloró a la luz pública la crisis que se estaba gestando. En el IV Congreso de Escritores reunidos en Praga a partir del día 29, se denunció la campaña antiisraelí de las autoridades oficiales, en el contexto de la *Guerra de los Seis Días* y exigieron, asimismo, la libertad de prensa. Novotny reclamó duras sanciones contra aquellos intelectuales, lo que provocó la inmediata reacción de los liberales checos y eslovacos liderados por Alexander Dubcek.

El conflicto entre Novotny y Dubcek era no sólo un enfrentamiento entre un conservador y un liberal, sino también la confrontación entre el clan checo y el clan eslovaco. A finales de año fracasó un intento de golpe de fuerza promovido por Novotny que presentó su dimisión.

b) Alexander Dubcek en el poder: la Primavera de Praga.

El 5 de enero de 1968 amaneció el país con Alexander Dubcek como primer secretario del Partido. Entre las primeras medidas adoptadas por Dubcek destacaron la abolición de la censura y concesión de la libertad de opinión y la libertad religiosa, reconocida en la Constitución pero nunca plasmada en la práctica. Se intentó, asimismo, dar una solución al problema eslovaco comprometiéndose a elaborar un estatuto particular que crease un marco de igualdad respecto de los checos. Mientras, en la nueva composición del gobierno aparecían los liberales más destacados como Oldrich Cermik como jefe del Gobierno o Jiri Hajek en Relaciones Exteriores y el general Dzur en Defensa. El 21 de marzo con la dimisión del presidente Novotny y la elección del general Svoboda en su puesto se despejaba el horizonte para la ampliación y aplicación de las reformas.

Pronto comenzó la aplicación de un programa de acción más intenso que sería aprobado por el Comité Central del Partido en el mes de abril. El programa pretendía la transformación gradual de las estructuras burocráticas socialistas para la constitución de un *socialismo de rostro humano*. En el interior de Checoslovaquia el clima de apertura estimuló la reaparición de movimientos que demandaban mayor libertad, como los Sokols, los propios socialistas o la Iglesia. Los intelectuales, que habían jugado un papel de primera magnitud hicieron públicas sus reivindicaciones el 27 de junio en el «Manifiesto de las dos mil palabras», en el que se criticaba el uso que el Partido Comunista había hecho del poder desde 1948.

La *primavera de Praga* se convirtió de cara al exterior en un eje de atención preferencial de las otras democracias populares y una amenaza para sus Gobiernos, al constatar como los ecos reformistas de Praga llegaban a los sectores progresistas de sus

respectivos países. Las críticas no se hicieron esperar. La percepción de amenaza que desde Moscú se tenía y el peligro que la actitud reivindicativa de Checoslovaquia podría tener para el bloque soviético, despertó las reticencias de los dirigentes soviéticos.

c) La reacción soviética: la intervención militar y el fin de las reformas.

Inicialmente procuraron que Dubcek controlara la situación. Posteriormente, Moscú procuró por la vía diplomática la configuración de un frente común de sus aliados, contando con el total respaldo de la Alemania Oriental, Polonia y Bulgaria, y el apoyo más reticente de Hungría, para hacer frente a una amenaza directa al bloque. Finalmente se pasó a la acción al comprobarse el acercamiento de Praga a Tito y a Ceausescu, recibidos a lo largo de la primera quincena de agosto de forma calurosa y triunfal en Checoslovaquia, lo que fue interpretado por el Kremlin como el esbozo hacia una nueva Pequeña Entente.

La reacción fue, de nuevo, contundente. En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968 se inició la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Junto a las fuerzas soviéticas, soldados y tanques polacos, húngaros, alemanes y búlgaros invadieron el país; en total más de 600.000 soldados. Dubcek, Cemik y Smrkovsky fueron arrestados y enviados de inmediato a Moscú, mientras la población civil se manifestaba contundentemente en las calles. Esta resistencia obligó a los dirigentes soviéticos a contar con Dubcek que en los Acuerdos de Moscú fue obligado a ocupar de nuevo el poder con la única intención de desactivar la revuelta. Así fue, y a los pocos meses fue destituido del cargo y detenido, junto con otros líderes con la excepción del general Svoboda. El eslovaco Gustav Husak, fue nombrado nuevo secretario general, tras lo cual inició una depuración masiva. Los dirigentes soviéticos acordaron con los nuevos líderes el mantenimiento de las tropas soviéticas en Checoslovaquia. Se cerraba así otro nuevo capítulo en el que la disidencia hacia un socialismo de rostro humano fue neutralizado, pero cuyas consecuencias se dejarían sentir durante mucho tiempo.

En Checoslovaquia se mantenía el comunismo, un sistema que no gozaba de credibilidad entre la mayoría de su población. Breznev demuestra en la práctica lo que supone la *Doctrina Breznev*, los países comunistas de Europa tenían su soberanía limitada.

Dubcek acabaría sus días como guardia forestal en Eslovaquia.



Dibujo satírico aparecido en Praga con motivo de la intervención soviética.

4. La “revolución de 1989”: el hundimiento del comunismo en la Europa del Este y la transición hacia la democracia.

a) El contexto internacional y los condicionantes.

Con el ciclo revolucionario de 1989 en Europa Central y Oriental aflorarán problemas que en muchos aspectos recuerdan a la situación de Europa en 1918. En primer término la posguerra fría provocó un nuevo debate en torno al establecimiento de un nuevo orden internacional que necesariamente afectaría a la posición de Europa en la sociedad internacional. En segundo término, la descomposición del *Imperio soviético*, como en su momento sucediera con la desintegración de los Imperios de los Hannover, de los Habsburgo y de los Romanov, liberó y transfirió el protagonismo a los nacionalismos, lo que se tradujo en una balcanización del espacio europeo y soviético. En el nuevo reajuste de fronteras en el mapa europeo, junto a las naciones-estado ya existentes o surgidas tras la Guerra del Catorce - Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania- hay que sumar los nuevos Estados procedentes de la disgregación de la antigua Yugoslavia - Eslovaquia, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y la nueva Federación Yugoslava-, de Checoslovaquia - Chequia y Eslovaquia- y de la Unión Soviética europea -Bielorrusia, Ucrania y Moldavia.

En esta redefinición del mapa europeo una de las diferencias sustanciales entre la situación en 1918 y tras las revoluciones de 1989 radica en que mientras en el primer caso sí se negoció un nuevo orden internacional entre las grandes potencias, en la posguerra fría no hubo ningún proyecto ordenador del equilibrio europeo.

Hubo analistas europeos que con un indudable sentido periodístico y oportunista recordaron la coincidencia de las Revoluciones de 1989 con la efemérides del bicentenario de la Revolución Francesa. Una coincidencia que llevaban más allá de la mera coincidencia de las fechas, al subrayar que, a diferencia de la tradición revolucionaria iniciada en 1789 de promover un cambio radical y de inventar una sociedad aún inédita en la historia, las revoluciones de 1989 tenían un cierto componente restaurador. No obstante, en muchos casos, a nuestro entender, difícilmente puede ajustarse dicho diagnóstico a la realidad histórica puesto que muy pocos de aquellos Estados han contado con una verdadera experiencia democrática.

Con lógicas y decisivas peculiaridades la oleada revolucionaria de 1989, algunos especialistas en transitología como Claus Offe sitúan este fenómeno en un marco estructural determinado por sucesivas olas democratizadoras. En este sentido y en el estricto plano europeo podemos distinguir varias oleadas: la primera, tras la Primera Guerra Mundial, simultánea y consustancial a la creación de los nuevos Estados en Europa Central y Oriental, con frustrantes resultados exceptuando el caso checoslovaco; la segunda, tras la Segunda Guerra Mundial, con la democratización de las dos grandes potencias del Eje europeas, Alemania (Occidental) e Italia; la tercera, en los años setenta, con los procesos democratizadores en el Mediterráneo, en Grecia, Portugal y España; y por último, el proceso democratizador iniciado en 1989 en Europa Central y Oriental.

El ciclo revolucionario de 1989 presenta numerosas peculiaridades y una gran complejidad por la magnitud de los cambios y la multitud de actores participantes en el mismo. Un proceso revolucionario sobre el que concurren factores de muy diversa índole.

Factores exógenos.

Por un lado, los factores exógenos. En primer término, la Unión Soviética, especialmente tras 1945, ha jugado un papel determinante en el devenir de los pueblos de Europa Central y Oriental. Las dictaduras socialistas en Europa no fueron un producto exclusivo de su propio devenir nacional, sino que fueron impulsadas de forma decisiva por la influencia soviética, y en la mayoría de los casos por la intimidatoria presencia del Ejército Rojo. La crisis y disolución del poderío soviético tendría por tanto directas repercusiones en el rumbo de aquellas repúblicas. El hundimiento de la URSS explica en gran medida la rapidez, simultaneidad e imprevisibilidad con que se produjeron las revoluciones de 1989. Como consecuencia de ello la transición a la democracia en estos pueblos vino acompañada de la recuperación de la soberanía nacional.

Y en segundo lugar, Occidente y en especial el papel simbólico y modélico que Europa Occidental -y en concreto la Europa comunitaria- jugaría en aquel proceso de cambio tanto en la redefinición de su posición internacional frente a la referencia soviética como en la reconstrucción de sus respectivas sociedades nacionales. Contrariamente a los deseos de Gorbachov de que las reformas de la URSS definiesen el itinerario de las reformas en aquellas repúblicas, éstas desviaron su mirada hacia Europa Occidental como modelo. No obstante, los países occidentales, y en especial los países europeos, carecieron de una estrategia política para asimilar aquellos cambios y actuar en consecuencia, en parte por la propia perplejidad y sorpresa que causaron estos cambios y en parte por las propias dificultades de la Europa comunitaria para actuar de forma colegiada y eficiente. Sólo en el plano económico se actuó con mayor coherencia, en iniciativas como el programa *Polonia-Hungría: Ayuda a la Reestructuración Económica* (PHARE) en 1989 y al que se vincularían al año siguiente Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria.

Factores endógenos.

Entre los factores endógenos quisiéramos subrayar de modo especial un rasgo peculiar y definitivo en aquellos procesos de transición, que es lo que Claus Offe ha denominado el *dilema de la simultaneidad*. Es decir, los países de Europa Central y Oriental se enfrentaban a una triple transición:

En primer término, la transición política desde una dictadura a una democracia, que si bien es cierto contaba con algunos modelos relativamente cercanos en el tiempo en la Europa meridional, sus peculiaridades generaban problemas específicos que requeóan soluciones inéditas. Entre ellas una peculiar transición desde un modelo socialista a un sistema democrático.

A finales de los años ochenta los partidos comunistas carecían de base sociológica y de cohesión organizativa por sus divisiones internas para mantener el monolitismo de aquellos regímenes políticos. Pero todos ellos, exceptuando el polaco y el húngaro donde sí existía un importante núcleo reformista en el seno del partido, resistieron hasta el límite por mantener su privilegiada situación.

En este proceso las formaciones políticas que habían apostado por el pluralismo adquirieron un gran protagonismo en la transición. Estas tendencias disidentes, en líneas generales, ya no eran comunistas reformistas, convencidos de que la reforma podía realizarse desde las estructuras del partido, sino que eran disidentes ajenos al Partido que anhelaban la creación de un Estado de Derecho.

Uno de los grandes méritos de esos sectores disidentes -conformados por las élites intelectuales y secundados por la juventud - fue resucitar la *sociedad civil* en un

espacio social que había sido invadido por el Estado.

Estas tendencias reformistas, sin embargo, se fueron desintegrando tras la desaparición del comunismo, tal como sucedió con Solidaridad en Polonia, el Foro Cívico en la República Checa, el Forum Democrático en Hungría o el Frente Democrático de Salvación Nacional en Rumania.

En la recuperación de un espacio político plural, por último, no podemos olvidar el importante papel que ha jugado la Iglesia Católica a través de las iglesias nacionales, en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Sin olvidar tampoco, el papel más modesto ejercido por otras iglesias como la Protestante, en la RDA a finales de los ochenta, y la Ortodoxa, en Rumania y Bulgaria.

En segundo lugar, la **transición de una economía dirigida y estatizada hacia una economía de mercado**. Se pretendía buscar una solución al agotamiento del modelo económico del socialismo real -la excesiva burocratización en la gestión económica, el estancamiento de la industrialización forzosa, la ineficacia de la agricultura colectivizada, el abuso en la utilización de los recursos naturales y su impacto medioambiental, y el deterioro general del nivel de vida-. Una transición que había de hacerse de acuerdo con los itinerarios diseñados por el Fondo Monetario Internacional, que exigía a aquellos Estados la aplicación de estrictas políticas monetaristas para su liberalización.

Y por último, la **resolución de los problemas nacionalistas** y la delimitación del nuevo mapa europeo que impulsa e interfiere en los dos procesos anteriores. El despertar de los nacionalismos en la Europa Central y Oriental y en la URSS se orientaría contra los nacionalismos centrales de los antiguos Estados. La resolución de estos conflictos es variada oscilando entre las escisiones y secesiones pacíficas, como la de Checoslovaquia el 31 de diciembre de 1992, y las violentas como la disgregación de Yugoslavia.

A efectos de ordenación expositiva vamos a distinguir dentro de este ciclo revolucionario entre aquellas manifestaciones revolucionarias en las que no ha habido una alteración del *statu quo* territorial y aquellas donde el problema de las nacionalidades ha derivado en una alteración del mismo.

b) El proceso “revolucionario” por países.

Países donde se produjo el cambio sin alteración de las fronteras.

Cinco de los ocho Estados de la Europa Central y Oriental que abandonaron el socialismo real llevaron a cabo sus respectivas transiciones sin alteraciones de su orden territorial.

La primera república en iniciar el proceso de cambio fue **Polonia**, que en muchos aspectos ya había creado unas precondiciones óptimas a lo largo de la década de los ochenta. En la segunda mitad de aquella década fracasaron todos los intentos de los dirigentes comunistas para superar la crisis social y económica, que acabó extendiéndose definitivamente al sistema político y obligando a las autoridades a negociar con *Solidaridad* desde 1986. El resultado más notable de aquellos contactos fue el establecimiento de una plataforma permanente de negociación en febrero de 1986, en la que participaría además del *Solidaridad* y el Gobierno de Rakowski, la Iglesia. La creciente presión social obligó al Partido a renunciar en febrero de 1989 al monopolio del poder.

El 5 de abril se hizo público el pacto de *mesa redonda* en virtud del cual se legalizaba *Solidaridad*, se reconocía la libertad religiosa, se procedía a la reorganización

de la Presidencia de la República, se restablecía el Senado como cámara alta y se instauraba el multipartidismo. Se había dado el primer paso para la edificación del Estado de Derecho en Polonia.

Inicialmente el régimen polaco intentó tutelar el proceso de transición hacia la democratización, mediante el control del proceso electoral en los comicios de junio de 1989, que se saldaron con el triunfo irrefutable de *Solidaridad*. El presidente Jaruzelsky encargó formar gobierno al dirigente del sindicato Mazowiecki, quien presentaría un equipo de mayoría no comunista. El nuevo gobierno recuperó el nombre de *República de Polonia*, procedió al cambio institucional realizando los preparativos para una nueva Constitución e intentó hacer frente a la crisis con la ayuda de la Comunidad Europea y la aprobación de un plan de choque el 1 de enero de 1990.

A finales de 1990 se inicia el proceso de transición con motivo de varios acontecimientos: la firma de un acuerdo germano-polaco en el mes de noviembre de reconocimiento de la frontera en la línea Oder-Neisse; el ingreso en aquel mismo mes de Polonia en el Consejo de Europa; y el triunfo en las elecciones a la Presidencia de la República por Walesa en el mes de diciembre y el posterior encargo de un nuevo gobierno al economista y empresario Jan K. Bielecki que continuaría y profundizaría en la misma línea económica.

A la estela de los acontecimientos de Polonia, **Hungría** no tardó en incorporarse al proceso de democratización y transformación económica, en este último caso más avanzadas que en muchos de sus vecinos. Allí el Partido Comunista, en cuyo seno existía un nutrido grupo reformista, intentó llevar a cabo el proyecto más serio y ambicioso de cambio desde dentro del sistema. Estos grupos, precisamente, se hicieron con el poder en noviembre de 1988. La Presidencia del Consejo de Ministros recayó en Miklos Nemeth. El nuevo gobierno impulsó la reforma económica y tuteló la democratización, reconociendo el pluripartidismo y reformando la Constitución. En febrero de 1989 el Comité Central del Partido renunciaba a la prerrogativa constitucional según la cual asumía el papel dirigente de la sociedad y renegaba del marxismo-leninismo. El último capítulo del Partido se cerró en octubre de aquel año con la autodisolución del mismo, creándose el Partido Socialista Húngaro de tendencia socialdemócrata.

Su política exterior fue también un vehículo de la nueva sensibilidad del gobierno. Así en mayo de 1989 se dismanteló el *telón de acero* con Austria, en septiembre se permitió la salida de alemanes orientales a la RFA y en noviembre de 1989 se produjo el ingreso en el Consejo de Europa.

En junio de 1989, como ya ocurriera en Polonia, el gobierno inició negociaciones con la oposición y con organizaciones de masas ligadas al régimen, en las que acordaron la convocatoria de elecciones libres y democráticas, que tendrían lugar entre marzo y abril de 1990, y la elección posterior del Presidente de la República. En aquellas elecciones, donde las formaciones más votadas fueron el Foro Democrático Húngaro y la Alianza de Demócratas Libres, el electorado se decantó por una transición gradual sin radicalismos. El nuevo gobierno estaría encabezado Jozsef Antall, presidente del Foro, y poco después el candidato de la Alianza de los Demócratas Libres Arpad Gúnez sería elegido presidente de la República.

La proximidad cultural de **Bulgaria** y la URSS con toda seguridad incidió en la rápida receptividad de Zhikov a las reformas iniciadas por Gorbachov anunciando su propia *Perestroika* en 1987. Aquellas reformas crearon unas condiciones favorables para el desarrollo de un activo movimiento de oposición.

El 10 de noviembre de 1989 los miembros reformistas del Partido obligaron a

Zhikov a dimitir de sus cargos en el Partido y en el Estado. En adelante el nuevo secretario general del Partido sería el reformista Petar Mladenov, quien asumiría las negociaciones con la oposición. Fruto de aquellos contactos fue el anuncio de la celebración de elecciones.

En el XIV Congreso del Partido Comunista celebrado en febrero se afrontó su futuro inmediato. El resultado de aquellas deliberaciones quedaron definidas en el *Manifiesto para un socialismo democrático en Bulgaria* y tras el cual se refundó como el Partido Socialista. En las elecciones generales convocadas para junio de 1990 el Partido Socialista se alzó con el triunfo obteniendo el 47% de los sufragios.

La presión de la oposición no cesó hasta que P. Mladenov abandonó la jefatura del Estado el 6 de julio y su lugar ocupado, previa elección de la Asamblea Nacional, por el disidente comunista Jeliu Jeliev. Pero a las dificultades de la vida política se sumaba la delicada situación económica, que provocó huelgas que contaron con un apoyo masivo de la población. El 13 de julio de 1991 se aprobaba el texto constitucional que convertía a Bulgaria en un Estado de Derecho.

El final del socialismo real en **Rumania** estuvo marcado por una ruptura violenta. El *Conducator* a la altura del año 1989 no adoptó ninguna medida reformista a pesar de las duras condiciones de vida de la población por la política económica de austeridad a lo largo de los ochenta. El desencadenante inmediato de los acontecimientos fue la resistencia ofrecida por un pastor calvinista en Timisoara, Lazlo Tolkes, que se había significado en la defensa de las minorías y las críticas al régimen. Su detención provocó el 16 de diciembre de 1989 una masiva protesta en aquella localidad brutalmente respondida por la *Securitate*. El día 21 se reprodujeron las protestas, en esta ocasión, en Bucarest y aquel mismo día se fundó en Timisoara el *Frente Democrático Rumano*, el cual reclamó la disolución del régimen. El 22 de diciembre un grupo de disidentes se introdujo en la sede central del Partido, la cual había sido abandonada con anterioridad por Ceaucescu. Éste y su esposa fueron detenidos, juzgados, condenados y ejecutados el 25 de diciembre.

En esa caótica situación se creó el *Frente de Salvación Nacional* (FSN) cuyo principal dirigente era Ion Iliescu y en el que figuraban antiguos miembros del Partido críticos a Ceaucescu. Esta formación asumió la formación de un gobierno provisional para proceder a la construcción de un Estado de Derecho, relegando a un segundo plano a los intelectuales y estudiantes disidentes. La rapidez con que se produjo la caída del dictador y el control del FSN sobre el Estado ha dado lugar a interpretaciones que apuntan a la existencia de una conspiración organizada desde la misma *Securitate* con la connivencia del Kremlin.

El 20 de mayo de 1990 se celebraron las elecciones generales a la Cámara de la Gran Asamblea Nacional, en las que el FSN obtuvo el 66% de los votos, y a la Presidencia, en las que el vencedor fue Ion Iliescu. El nuevo Gobierno estuvo encabezado por Petre Roman, pero su ritmo reformador en la construcción de un Estado democrático y una economía de mercado despertaron toda clase de críticas entre la oposición dentro y fuera del Parlamento. Los escasos logros económicos y la inestabilidad política se saldaron con la dimisión de Roman en el otoño de 1991. A finales de aquel año se registraron algunos avances significativos, al menos en el plano legal, puesto que se aprobó en referéndum el 9 de diciembre la Constitución.

El último episodio, en el calendario revolucionario de la Europa Central y Oriental, tuvo como escenario **Albania**. A mediados de 1990 se produjeron las primeras manifestaciones multitudinarias contra el régimen. El Gobierno de Ramiz Alia hizo público un programa de reformas políticas, cuyos primeros resultados se materializaron

en 1991 con motivo de la legalización de los partidos políticos y la celebración de los primeros comicios en el mes de marzo. A pesar del triunfo de los comunistas el Gobierno formado en junio era de coalición. Esta transición política se llevó a cabo en un entorno social dramático por el hundimiento de la economía -en 1992 el paro alcanzaba al 40% de la población activa- y el consiguiente éxodo masivo de la población.

Estados donde se produjo una alteración de sus fronteras.

Finalmente, los Estados que sí sufrieron una alteración en su *statu quo* territorial, la RDA, Checoslovaquia y Yugoslavia, corrieron una suerte muy diversa.

Los acontecimientos que se desarrollaron en la **República Democrática de Alemania** en este ciclo revolucionario tuvieron un especial significado por el valor añadido de su papel simbólico en la Guerra Fría y una vieja herida sin cicatrizar desde la posguerra mundial.

Como en otras repúblicas vecinas la disidencia fue cobrando mayor importancia a medida que el deterioro económico se fue haciendo cada vez más insoportable, especialmente desde mediados de la década de los ochenta con la aparición de grupos de carácter pacifista y ecologista y el tono crítico creciente en ciertos sectores de las iglesias evangélicas.

La resistencia a ultranza del SED a lo largo de 1989, manifiesta en la persecución de la disidencia, desencadenó una oleada de peticiones para salir hacia la Alemania del Oeste. Aquel verano se produjo el gran éxodo a través de Hungría y Austria. Durante aquel año cerca de cuatrocientas mil personas abandonaron la RDA.

El régimen comenzó a tambalearse y la primera muestra de ello fue la dimisión de Honecker el 12 de octubre *por motivos de salud*, según la explicación oficial. Su lugar al frente del Partido fue ocupado por Egon Krenz, quien se comprometió a efectuar la reforma del régimen, pero en un clima de gran tensión y con una oposición cada vez más activa y generalizada, como se pudo apreciar en la manifestación en Berlín en la *Alexanderplatz* el 4 de noviembre donde medio millón de personas exigieron la instauración de una democracia. Los acontecimientos se precipitaron hasta la simbólica fecha del 9 de noviembre en que las autoridades anunciaron la apertura del muro de Berlín, y si en un primer momento el objetivo de la oposición era la democratización de la Alemania Oriental en aquel mismo mes el umbral de los objetivos políticos apuntaba hacia la unidad de toda Alemania. En la otra Alemania el canciller Helmut Kohl había hecho público el 28 de noviembre su programa de *Diez Puntos* para la *reunificación* y canalizaría sus esfuerzos para incentivar y acelerar dicho proceso.

A principios de diciembre se abolió el principio constitucional que atribuía al SED el papel dirigente de la sociedad y en un Congreso Extraordinario del Partido se renunciaba al marxismo-leninismo y se refundaba en el Partido del Socialismo Democrático. En febrero de 1990 se formó un gobierno de *responsabilidad nacional* que fijó la convocatoria de elecciones para el 18 de marzo, de las que saldrían victoriosos los cristianodemócratas de la *Alianza por Alemania*. El nuevo gobierno, liderado por Lothar de Maiziere, centró su objetivo en la unión de Alemania. El 18 de mayo de 1990 se firmó el Tratado Interestatal de Unión Monetaria, Económica y Social entre ambas repúblicas, y el 31 de agosto se firmó en Berlín el Tratado de Unificación (*Einigungsvertrag*). El 3 de octubre se consumaba la unificación. Los länder de la Alemania Oriental quedaban integrados en la República Federal. La reunificación, que en sentido estricto fue una absorción por parte de la RFA, quedaba consumada,

cerrándose un capítulo inconcluso de la posguerra.

El Tratado de paz con Alemania sería firmado 45 años después del final de la guerra mundial, el 12 de septiembre de 1990. Conocido como el *Tratado de los 2+4* entre la República Federal de Alemania y la República Democrática Alemana, por un lado, y las cuatro potencias aliadas.

La vía pacífica fue también uno de los rasgos del rápido proceso de cambio en **Checoslovaquia**, hasta el punto de ser bautizada como la *revolución de terciopelo*. La disidencia fue creciendo desde mediados de los ochenta.

Las medidas adoptadas por el Comité Central del Partido desde 1987 para reconducir los asuntos económicos en una línea análoga a la *Perestroika* no lograron, tampoco, solucionar las contradicciones internas del sistema ni superar las reticencias de los sectores inmovilistas dentro del Partido. Un signo evidente de la crisis del régimen se hizo visible el 17 de diciembre de 1987 con la sustitución de G. Husak por Milos Jakes como primer secretario del Partido, aunque seguiría como presidente de la República.

La disidencia se reagrupó el 19 de noviembre de 1989 en torno al *Foro Cívico* bajo el liderazgo de Václav Havel y con la pretensión de acabar con el régimen comunista. El Gobierno aceptó la propuesta de negociación de la oposición y el 29 de noviembre se suprimía el principio de la dirección de la sociedad asumido por el Partido. A lo largo del mes se había intensificado la movilización popular en las calles de Praga. El 7 de diciembre se satisfacía otra de las exigencias del Foro, la dimisión del Ejecutivo y la constitución de un Gobierno de unidad nacional presidido por el reformista Marian Calfa.

Las dos principales agrupaciones de la oposición -el *Foro Cívico y Público contra la violencia*- actuaron de forma colegiada para conducir la transición hacia un régimen democrático y la instauración de una economía de mercado. A finales de diciembre Dubcek fue elegido presidente de la Asamblea Nacional y Hável presidente interino de la República hasta la celebración de elecciones generales convocadas para junio de 1990. Las Cámaras electas de la Asamblea Federal, cuya mayoría recayó en ambas plataformas, tendrían como cometido fundamental la elaboración de un nuevo texto constitucional. Durante la transición discurrieron tres procesos: el desmantelamiento del sistema económico objeto del plan económico aprobado en septiembre de 1990; el desmembramiento de ambas agrupaciones en un sistema de partidos; y la secesión de Eslovaquia.

El 20 de abril de 1990 el Estado se rebautizaba como la República Federativa Checa y Eslovaca, pero las expectativas generadas en ese proceso en los sectores más radicales del nacionalismo eslovaco apuntaban hacia la independencia. El gobierno eslovaco liderado por Meciar inicialmente no se pronunció por la independencia, sino por una nueva forma de federación aunque luego radicalizó su discurso frente a las posiciones federalistas de Jan Damagoursky, quien le reemplazó frente al Ejecutivo. Finalmente, el 31 de diciembre de 1992 se consumaba la creación de dos nuevos Estados: la República Checa y Eslovaquia.

En **Yugoslavia** el mosaico nacionalista edificado sobre la preminencia del nacionalismo serbio inició un nuevo capítulo con la disgregación de la antigua República Federal. Las élites gobernantes serbias radicalizaron su mensaje político en favor de un nacionalismo de perfiles cada vez más agresivos, que desde 1986 fueron minando la naturaleza federal del Estado yugoslavo. Se desarrolló, por tanto, una política de recentralización del Estado en torno a la supremacía serbia suprimiendo los derechos federales de sus dos repúblicas autónomas -Eslovenia y Croacia-, de obstrucción a la

rotación en la presidencia y de rechazo a toda política que cuestionase el derecho de todos los serbios a vivir en un solo Estado. Por debajo de este marco político subyacía una crítica situación económica agravada por las dificultades funcionales de la federación para desarrollar una política económica coherente y eficaz.

El líder serbio Slobodan Milosevic fue acusado por los jefes de las restantes repúblicas de reimplantar un sistema centralista que alteraba sustancialmente la Federación. La República que más se significó contra la política serbia fue Eslovenia, cuyo nacionalismo se había articulado en torno a la figura de Milan Kucan, líder del Partido Comunista Esloveno. Por su lado, los croatas, en cuyas elecciones de la primavera de 1990 habían triunfado los nacionalistas de Franjo Tudman, mostraron sus simpatías por la determinación eslovena de afirmación de su propia soberanía.

En este estado de cosas las repúblicas yugoslavas de Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia reclamaron la conversión del Estado federal en una Confederación de estados libres e independientes. El nacionalismo serbio provocó en las dos repúblicas occidentales la radicalización de las posturas, y ante el fracaso de las negociaciones para la construcción de una confederación Eslovenia y Croacia proclamaron sus respectivas independencias en junio de 1991.

